



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE ABRIL DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

El amargo descanso

ENVÍA A ALGUIEN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Chuycito se acercó al mostrador y sobre él encontró el tesoro que andaba buscando: una partitura de Beethoven que llevaba meses queriendo tocar. “¿Cuánto cuesta?” “Cuatrocientos pesos”. Eran tres hojas y el equivalente a cuarenta pasajes de bus.

El mostrador consistía en un mueble de vidrio con orillas de metal, lleno de métodos musicales, cañas para saxofones y clarinetes, panderos, metrónomos mecánicos, boquillas para metales: trompetas, trombones y tubas. Tras el mostrador atendían dos mujeres en uniforme.

Detrás se extendían los archiveros con partituras, ordenadas alfabéticamente por el apellido del compositor: de Arban a Zimmermann. Chuycito nunca traía dinero, excepto lo que le daba su madre para ir y venir en camión de su clase de guitarra en una escuela ubicada: dentro de esa misma tienda musical. A sus padres les había alcanzado para comprarle la guitarra. La maestra de secundaria les había dicho que su hijo tenía un talento musical extraordinario. Pero a Chuycito, en realidad, le llamaba la atención el piano: con el que jamás podría contar en casa, siendo hijo de maestros de primaria pública. En la biblioteca de la secundaria, sí había un piano vertical pequeño, de color café claro, al cual acudía para tocar durante el recreo. Y era lo que estudiaba en su clase de educación artística: el piano.

Aprendió el primer movimiento de “Claro de Luna” de Beethoven. En la parte posterior de la partitura descubrió otras piezas del compositor, publicadas por la misma casa editorial: Le llamó la atención una bagatela en Fa mayor. Tocó los dos primeros compases que aparecían impresos y le encantó lo que escuchó. Tendría que fingir que asistiría a clases de guitarra durante veinte días para ahorrar lo suficiente y comprar la partitura.

“¿Se la puede prestar para que la toque en uno de los pianos de la tienda?”, se escuchó decir a un hombre detrás de Chuycito. “Claro, maestro”, dijo la encargada. El adolescente giró hasta encontrar al maestro de piano de la academia. Se dirigió a un piano de cola y tocó. Luego se acercó el maestro: “lees muy bien a primera vista”. “Me gusta”. “Yo te puedo enseñar a tocarla si vienes el sábado a las diez de la mañana a mi salón. Ya te he visto; tomas clase con el maestro Diego”. “Sí, pero me gusta más el piano”. “Tengo uno en mi salón”. Chuycito se levantó y regresó la partitura sobre el mostrador.

Dos días después de aquella plática, Chuycito llegó a la tienda. Abrió la puerta de cristal y subió por las escaleras que lo llevaron al segundo piso, donde se encontraban muchos de los instrumentos en exhibición. Continuó por los escalones hasta el tercer piso, donde se encontraban los salones de clase. Y por primera vez en su vida, tocó a la puerta del salón de clases de piano. El maestro abrió. Al verlo, se alegró. “Te estaba esperando”. Lo invitó a pasar y cerró con botón la manija de la puerta. “Tengo la partitura de la bagatela; siéntate”, dijo el maestro mientras abría la tapa del piano. Chuycito tomó su lugar. El maestro se



sentó a su lado. El adolescente colocó su dedo meñique de la mano derecha en una tecla y el dedo meñique de su mano izquierda sobre el fa, octava y media debajo del do central. Comenzó a leer lentamente y desplazó sus manos sobre el teclado como si se tratara del cielo, manteniendo la mirada fija sobre la partitura. Compases después sintió que le acariciaban la entrepierna. “Sigue tocando”, escuchó susurrar al maestro. Intentó volver a concentrarse en las notas musicales, pero solo sentía el volcán de su entrepierna rompiendo en su interior. (“Nada te turbe”, de Fray Nacho).

El maestro tomó del brazo a Chuycito, lo hizo levantarse del asiento y lo llevó al centro del salón. Lo alisó quieto y desabrochando su cinturón y pantalón, acarició el tronco de su ternura y lo colocó en su boca. Limpió amorosamente. (“Signos de amor”, de Coro San José).

Para Chuycito había preguntas, pero no podía formularlas. No entendía: la aberrante naturaleza aquella: era solo un huracán que estaba a punto de romper el cielo para dejar caer agua bendita. Para su maestro, absorbió escuchando el silencio, listo para recibir y romper su garganta, era la oportunidad para volver a la leche materna y no al alimento sólido. (“Huracán”, de Hakuna).

Esa tarde, pero cuarenta y seis años después, Dios habría de decir: “Charlie: esa es la historia que debes contar... Porque fui abusado psicológica, sexual y físicamente siendo un adolescente... El mundo de las divinidades no tiene reglas, ni leyes. Yo les di a ustedes el Código de Hammurabi, el Derecho Romano y los Mandamientos. Ahora: la vida eterna del Consolador”.

UNA HISTORIA COMO MUCHAS OTRAS

OLGA DE LEÓN G.

La mujer tenía sus ideas propias sobre las cosas de la vida, sobre su propia vida.

No le agradaba que alguien más le dijera lo que debía o no debía hacer, y eso sucedía con cierta frecuencia porque la imagen que proyectaba hacia afuera, para los demás, parecía invitar a hacerlo: sus modales finos, su educación, su leve sonrisa, su melancólica mirada, su plática e interés en los otros... En fin, podía pensarse de ella cualquier cosa, menos que fuese fuerte e impenetrable.

Acababa de divorciarse. “¡Por fin!”, se decía para sí misma. Y, quienes habían conocido bien a la pareja, pensaban lo mismo: “hasta que se ¡decidió!”. “Y ahora, ¿qué sigue?”, caviló por un momento. Casi de inmediato, se levantó del sillón, tomó su tasa de café y la llevó consigo al escritorio. Se sentó, abrió el cajón de los bolígrafos, escogió uno de punto fino y tinta negra, eran sus favoritos. Abrió un nuevo diario, de color guindo y dejó correr la mancha negra sobre la página, a la que ya le había puesto, arriba a la derecha, la fecha y la ciudad desde donde escribiría (estaba en el norte de Italia e iría a Florencia, en la Toscana).

Por qué escogió ese país y esa ciudad, le preguntaron las amigas, si tú no hablas italiano. Pero lo aprenderé. Además, busco silencio, un lugar tranquilo para escribir, no para hablar, les contestaba y sonreía complacida de su decisión.

Había viajado antes del inicio del verano, cuando aún no terminaba la primavera; estaría por lo menos cuatro o cinco meses. “Tiempo suficiente para acabar de escribir esta novela: cuya trama quiere enterrarme viva... Me defenderé sin más armas que mis palabras corriendo sobre las líneas de las páginas en blanco. No moriré ni me suicidaré, quiero vivir, quiero resucitar de entre la melancolía, el engaño, la traición y el dolor de saberme ingenua...”

“Con qué empiezo, por dónde, cómo, prosa, poesía, metáforas, prosa poética, drama, es decir diálogo tipo teatro... No

sé, haré como siempre: solo dejaré que salgan las ideas vueltas palabras y que vayan manchando la página. ¿Habrá otra forma de escribir, para mí?”

El cansancio del viaje, los pensamientos encontrados sobre si habría hecho bien en viajar, y al mismo tiempo sus inyecciones de vitalidad y decisión la llevaron a la cama, no sostenía su cabeza erguida ni sus ideas fluían a la velocidad que corrían frente a sus ojos: ilusión o alucinación de mujer que se niega a dormir, cuando ya está soñando y se imagina en su cama pero, ¡está tecleando!

Se oscureció el cielo y la habitación. Había dejado el diario, tal como lo tomó. No recordaba cuándo, pero sacó su laptop y comenzó a escribir, salió un poema y quiso decirlo como Proemio de su novela. Luego escribió y escribió, sobre el pasado reciente y el no tanto. Hasta que se fue olvidando de su leitmotiv y dibujó en un poema una muy breve síntesis de lo que para ella era el amor, la vida y el dolor de ya no sentir nada por quien la amó sin medida y la traicionó sin saber lo que hacía...

En ese instante supo quién era ella. Una mujer libre, pensante y llena de nuevas ilusiones. Se cambió la ropa y bajó al lobby, por una guía de la ciudad: La Toscana estaba a su espera y ella ilusionada por verlo todo. Sobre el escritorio improvisado, dejó el Proemio a su novela eternamente iniciada y borroneada. Pero, jamás concluida. A un lado, en hojas borradores...

Se leía:

*Episodios de una vida idealizada
No quiero morir llorando.
No quiero morir gritando.
No quiero partir en vano.
No quiero partir temprano.*

*No quiero dejarte solo.
No quiero dejar de amarte.*

*Quiero vivir siempre soñando.
Quiero que te quedes conmigo.
Quiero tenerte aquí por siempre,
a mi lado y abrazándonos.*

*Déjame amarte hoy, vida mía,
porque mañana... ¿quién podría
decir, si estaré contigo o sola?
Déjame llorar en silencio
porque mis lágrimas me ahogan.*

*Y, déjame morir sin miedos,
que tanta libertad me asfixia
Y tanto yugo me aniquila.*

.....

*Hoy, quiero contarte una historia
Que en nada se asemeja a la mía;
Y es tan antigua... como el mundo,
el amor de una mujer
escritora, maestra con suerte y sin gloria.*

*Esposa fiel hasta la muerte
y madre sin diploma
ni reconocimiento
por vivir sirviendo,
sin pena ni gloria,
ya chicos, crecidos o grandes
a los hijos maravillosos
nobles, buenos o rebeldes
que la vida le dio y Dios le prestó
para probar su carácter:
encendiendo su amor de madre.*



Jean Racine

(La Ferté-Milon, Francia, 1639 - París, 1699) Dramaturgo francés. Huérfano desde muy joven, fue educado por sus abuelos en la tradición jansenista. Estudió en las escuelas de Port-Royal de 1655 a 1658, año en que inició sus estudios de filosofía en el colegio D'Harcourt de París. A medida que se alejó de la influencia de sus antiguos maestros se introdujo en círculos de literatos y vidvidores y compuso, entre 1659 y 1660, una oda y dos tragedias que se han perdido. Permaneció hasta 1663 en Uzès, donde inició la carrera eclesiástica, tal como deseaba su familia, pero acabó por abandonar los estudios y marchó a París con la intención de dedicarse a la literatura.

Sus primeras obras, La Tebaida y Alejandro, fueron representadas por la compañía de Molière, y, aunque no cosecharon un éxito espectacular, sí le valieron cierto renombre. Descontento con el montaje de la segunda, Racine la encargó luego a la compañía del Hôtel de Borgoña, rivales de Molière, lo cual fue el origen del conflicto entre ambos. El año 1666 marcó el principio de otra larga polémica, esta vez entre el dramaturgo y Port-Royal.

En 1667, el Hôtel de Borgoña, que sería desde entonces la compañía habitual de Racine, presentó Andrómaca, la primera de sus grandes obras, con la que se convirtió en un serio rival para el famoso y consagrado Pierre Corneille. Desde este momento surgió en torno a ambos una controversia sobre sus talentos y méritos respectivos que dividió profundamente a la opinión pública. Partidarios de uno y de otro intercambiaron numerosos epigramas que movieron a Racine a contestar a sus detractores con Los litigantes, su única comedia. Británico, en 1669, fue considerado como un ataque directo a Corneille, pues trataba un tema familiar en la obra de éste; a pesar de su escaso éxito inicial, el apoyo del rey y de la corte suavizó las críticas y la obra acabó por triunfar.

En 1670, tras el fracaso del Tito y Berenice de Corneille, Racine impuso su Berenice, sobre el mismo tema, cuyo éxito lo consagró como trágico real. Siempre respaldado por la aristocracia, alcanzó la cumbre de su gloria literaria entre 1672 y 1675 (Bayaceto, Mitridates, Ifigenia). Su carrera culminó con su admisión, en 1672, en la Academia Francesa. En 1676 publicó una recopilación de sus obras completas que incluía ciertas modificaciones de los textos.

Se casó en 1677 y, nombrado historiógrafo de Luis XIV, abandonó el teatro por doce años para dedicarse a su familia y a la educación de sus hijos. Durante este período se dedicó a escribir poesía religiosa y una Historia de Port-Royal (que no se publicó hasta 1767); su labor como historiógrafo ha desaparecido por completo. Sólo escribió para el teatro dos piezas más: Ester y Atalía, ambas sobre temas bíblicos y por encargo de Madame de Maintenon, en beneficio de las alumnas del internado de Saint-Cyr.

Ya cerca del final de su vida, Jean Racine perdió el favor del rey, que le reprochaba sus amistades jansenistas. Murió a causa de un absceso en el hígado y fue inhumado, conforme a su voluntad, en el cementerio de Port-Royal. En 1711, sus restos mortales fueron trasladados junto con los de Blaise Pascal a Saint-Étienne-du-Mont.

ad pédem literae

El único medio de conservar el hombre su libertad es estar siempre dispuesto a morir por ella

Diógenes de Sinope

Letras de buen humor

Los monos son demasiado buenos para que el hombre pueda descender de ellos

Friedrich Nietzsche

Mónica Lavín

David Toscana el ingrátido

Conocí a David Toscana al final del siglo pasado, cuando Juvenal Acosta organizó en 1997 aquel primer encuentro en la universidad de UC Davis en California y fundó la Asociación de Escritores Iberoamericanos cuyo siguiente encuentro en Santiago, tocó al poeta chileno Andrés Morales y el tercero, a mí organizarlo en Morelia, Michoacán, con el apoyo de Gaspar Aguilera. La Asociación sucumbió cuando el 40. Encuentro se iba a realizar en Lisboa, a cargo de un poeta portugués ya habitual de estos encuentros, quien pedía que fuera Carlos Fuentes entre el grupo de escritores que publicaba libros iniciales: poetas y narradores hispanoamericanos.

Estoy segura que si el poeta portugués tiene conocimiento de que David Toscana ha ganado numerosos premios nacionales e internacionales, ha sido traducido a muchísimos idiomas, entre ellos al portugués, se daría de topes.

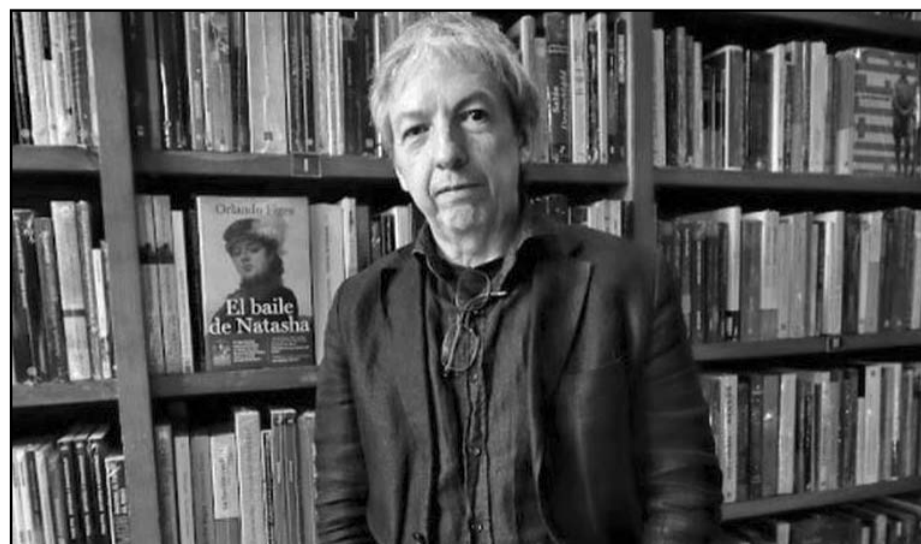
Quería irse por lo seguro con las figuras estelares y no apostar al futuro. El propio Saramago, cuando no era conocido mundialmente, había asistido a un encuentro de poetas en Morelia.

La Asociación y sus encuentros fenecieron pero no las amistades inauguradas. Desde que conocí a David Toscana

surgió cierta complicidad, quizás porque reconocimos que los dos veníamos de áreas distintas a la literaria. Que ser escritores había sido una decisión posterior a una experiencia no solo de estudio sino de trabajo. Pero también porque ninguno de los dos nos tomábamos tan en serio y nos reíamos de la solemnidad.

David Toscana se había formado como ingeniero industrial, yo como bióloga. Pero fue la marca que dejó la profesora de secundaria o de la prepa en él, cuando leyeron El Quijote o fragmentos de El Quijote lo que eventualmente, mientras David Toscana trabajaba en la oficina de una fábrica, llevó a reconocer que su verdadera pasión estaba en la lectura y en la escritura. Un salto cuántico, como los que acostumbra a dar Toscana, porque el escritor regiomontano no ha tenido una trayectoria convencional.

Hace algunos años alardeaba de ser el escritor que no había recibido ningún premio. Y lo puedo constatar en las solapas de sus libros que se fueron cargando de medallas. Su novela más reciente El peso de vivir en la tierra le valió el año pasado, el Premio Mazatlán, y el Bial de Novela Vargas Llosa. Su trayectoria lo llevó a recibir el premio de la Excelencia Literaria José Emilio Pacheco este año en



el marco de la Feria Internacional de la Lectura de Yucatán.

Su originalidad siempre ha sido notable, pero ha tenido que cambiar el discurso porque ahora es un autor multi-premiado, aunque se jacta de no ver cine y no tener redes sociales.

Toscana es un escritor de tiempo completo, desde que dejó la ingeniería industrial, se apostó a sí mismo para conquistar, no solo una voz y un estilo, que prácticamente están desde sus primeros libros, sino un lugar en la crítica y un aprecio entre los lectores. Dos de sus novelas son sobre los libros y lectura, sobre la no frontera entre ficción y realidad. El peso de vivir en la tierra es el

homenaje más directo a la huella del Quijote en su devenir escritor: el hombre que ve la realidad teñida por sus propias lecturas, convence a Sancho de ese escenario quiijotizado del que el escudero ya no se quiere alejar porque toca nuestros deseos, los sueños que nos permiten sobrevivir mientras se tiñe de dignidad y belleza la estatura mortal y pragmática de nuestra existencia. Los libros, parece decirnos Toscana, ritualizan nuestro paso por la tierra y le dan sentido.

(En la Fiesta del Libro y la Rosa en la UNAM, la obra de David Toscana fue visitada por Raúl Carrillo, Eloy Urroz - quien dirige la Cátedra Carlos Fuentes- y yo.)